

El fundamento de la política del vivir bien: la economía política de los trabajadores y las trabajadoras como alternativa

Mariano Félix¹

Introducción

Las opciones de políticas públicas frente a la crisis derivan estructuralmente de la dominación del capital –como relación social– sobre la sociedad. La base de esas políticas es la economía neoclásica, la economía política del capital. Los Estados capitalistas remiten a las necesidades de reproducción de esa relación a la hora de plantear opciones frente a los límites sociales del capital.

Esto no significa, sin embargo, que no haya alternativas. Contrariamente, la práctica de organización y lucha social de los movimientos populares en América del Sur muestran los trazos del fundamento de una nueva economía política. Esa economía política (de las trabajadoras y los trabajadores) se funda en principios diametralmente opuestos a la economía política neoclásica o del capital. Esos principios alumbran en la actualidad la posibilidad de pensar e impulsar una nueva estrategia de desarrollo social y económico: la política del vivir bien. Rastrear esos principios y fundamentos de las alternativas populares frente a la crisis de la sociedad dominada por el capital es el objetivo de este trabajo.

El trabajo se estructura de la siguiente manera. Primero discutimos la esencia de la crisis actual en el capitalismo y su fundamento más profundo. Luego avanzamos analizando las propuestas de los sectores dominantes para salir de esa crisis, descubriendo la esencia del ajuste permanente como clave en esas res-

1 Investigador del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS). Centro de Investigaciones Geográficas (FAHCE/UNLP) // CONICET. Profesor de la UNLP. Miembro del Centro de Estudios para el Cambio Social. Militante del Frente Popular Darío Santillán.

puestas. Más adelante presentamos una reflexión sobre las alternativas populares frente a la crisis, rescatando en las prácticas de resistencia popular los elementos de las alternativas: la economía política de los trabajadores y las trabajadoras. Finalmente, nos concentramos en algunos vínculos entre esa nueva economía política y una nueva política económica del vivir bien.

Crisis del capital, crisis del desarrollo capitalista

La crisis es el proceso a través del cual la reestructuración general del capital se manifiesta abiertamente. Es a la vez expresión de la necesidad de reajuste del capital y mecanismo que permite ese proceso. En ella –y a través de ella– los sectores dominantes intentarán imponer a los trabajadores el costo de esa reestructuración necesaria y objetiva en el marco de las relaciones de producción capitalistas. Avanzarán en ese sentido primero de forma descentralizada: reduciendo empleos, intentando bajar salarios, incorporando cambios organizacionales que aumenten la productividad, etc. De esa manera, al decir de Marx, los capitalistas en competencia llevan adelante las “leyes” del capital aun sin ser plenamente conscientes de ello. En la crisis, sin embargo, los capitalistas reconocen más claramente sus intereses como clase y –actuando en consecuencia– exigen de manera colectiva la acción pública a su favor.² En esos momentos, los empresarios –de todas las ramas y sectores, sin distinción– hacen frente común contra el trabajo. En ese momento, demandarán fondos públicos para financiar el ajuste que –como porciones del ciclo del capital social– no pueden evitar, y exigirán la intervención directa del Estado para buscar descargar los costos de su crisis sobre el conjunto del pueblo trabajador.³

La presente crisis potencia los costos sociales de la dominación del capital (incluidos la destrucción del medio ambiente y el saqueo de las riquezas naturales). La misma avanza con fuerza en lo que puede denominarse la etapa del imperialismo con acumulación por desposesión (Harvey 2004, 2005) o por saqueo, como nueva forma de la acumulación primitiva u originaria de capital.⁴

2 Las cámaras empresariales y los medios masivos de comunicación son la forma más típica de las organizaciones colectivas del capital.

3 Usamos el concepto de pueblo trabajador como una caracterización más precisa de la realidad de la clase trabajadora. Siguiendo la propuesta de Cieza (2006), quien plantea que “la idea de sujeto social múltiple [pueblo trabajador] como potencial desencadenante de transformaciones sociales se corresponde con una sociedad fragmentada donde los trabajadores representan un conjunto heterogéneo y cambiante que solo muy parcialmente puede identificarse con personas que tienen un trabajo formal y son explotadas por un empresario capitalista” (Cieza, 2006: 123; corchetes nuestros). Esta manera de conceptualizar a la fuerza de trabajo es similar la propuesta de Antunes (1999) quien refiere a la “clase-que-vive-del-trabajo”.

4 La forma de saqueo o acumulación por desposesión supone no sólo la apropiación privada de las riquezas naturales sino esencialmente la privatización de aquellas riquezas sociales de uso o gestión común (bienes comunes).

Hoy, para consolidar su hegemonía mundial, la clase dominante –a través de las grandes corporaciones multinacionales– pretende colonizar, privatizar y mercantilizar aquello que aún es común: el agua, la tierra, los bosques, el aire, los genes, la biodiversidad y el conocimiento (Vega Cantor 2006). La lógica “minera” (Chesnais 2007); es decir, del saqueo de las riquezas naturales, ha avanzado y predomina conflictivamente. Las guerras del gas y del agua en Bolivia, la lucha de los Sin Tierra en Brasil, los Zapatistas en México, los campesinos del Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI-Vía Campesina) en Argentina, entre otras luchas en todo el planeta, involucran el intento de frenar la apropiación privada del mundo.

Estamos frente a una crisis ambiental y civilizatoria, además de económica (Chesnais 2008). Esta crisis pone en cuestión al capitalismo como única forma de desarrollo, además del propio concepto de desarrollo y los parámetros para medirlo.

Entran en debate las relaciones capitalistas de producción y reproducción social, el papel del dinero y el capital como mediación de las relaciones entre las personas (Lebowitz 2005). El capital propone como idea del desarrollo meramente el crecimiento; es decir, la expansión sin fin del valor, de su propia esencia (De Angelis 2007). El concepto capitalista del desarrollo implica la imposición de valores que conducen a la oposición, al enfrentamiento y la competencia, como forma de articular las relaciones interpersonales. La crisis –por su parte– pone en debate los valores capitalistas (la ganancia por la ganancia, la producción por la producción, la mercancía como la forma privilegiada –tendencialmente única en el modo de producción capitalista– que deben asumir las relaciones humanas).

La crisis civilizatoria coloca en primer plano la crítica práctica de esas formas de hacer capitalistas. Los valores predominantes de la sociedad contemporánea –los valores del capital– no hacen sino destruir (cada vez de forma más transparente) las condiciones y posibilidades de reproducción social. Frente a ello, la dignidad humana brota como nuevas formas de actuar, hacer y pensar. Como un sinnúmero de “otros valores” (De Angelis 2007) enfrentando al capital e intentando, de hecho, su superación como forma de mediación social a través de su potencial articulación común. Esos otros valores, presentes en la lucha cotidiana de las organizaciones populares en todo el mundo y –en especial, en la coyuntura actual– en el espacio sudamericano, dan cuenta de que otro fundamento y otra forma existen y son posibles para el desarrollo social.⁵

Insistimos: ésta no es una crisis más en el capitalismo. Estamos atravesando una crisis económica y también una crisis ecológica y civilizatoria a nivel global. Al derrumbe económico se suma la multiplicación de ejemplos de la destrucción del medioambiente a los que conduce el capital en su búsqueda

5 En efecto “lo que se persigue no es algo que viene de afuera sino algo que ha estado siempre entre nosotros” (Bautista 2010).

incesante de auto-valorización: destrucción de los bosques, privatización de la biodiversidad, expansión de la producción de agrocombustibles en detrimento de la producción de alimentos, el saqueo de la riqueza del subsuelo por medios cada vez más agresivos (minería a cielo abierto). Todo esto –combinado con las guerras y avanzadas militares motivadas por estas batallas por la re-apropiación imperial del mundo– enfrentan cada vez más a una crisis del proceso civilizatorio dominado por el “metabolismo social del capital” (Mészáros 2008).

El mundo (a través de la práctica y debates de las organizaciones populares) se plantea, cada vez con más claridad, preguntas sobre la sustentabilidad de esta dinámica expansiva de explotación y destrucción del mundo natural-humano, con el solo objetivo de sostener los patrones de consumo en el centro y su reproducción en la periferia, como único medio para seguir legitimando la dominación del capital (es decir, el dominio de las cosas sobre los seres humanos y la tierra).

En su dimensión económica, una crisis nacida en el centro del capitalismo mundial, rápidamente se expandió a los sub-imperialismos periféricos (China, Brasil, Rusia)⁶ y poco a poco, sin prisa pero sin pausa, alcanzó al conjunto de la periferia. A pesar de la etapa de bonanza generalizada y prolongada –que concluyó en 2008– la región aún muestra niveles históricamente elevados de precarización de las condiciones de vida de sus poblaciones. En efecto, el desarrollo capitalista en la región ha confirmado la extensión de la pobreza y la indigencia para más de un tercio de sus habitantes⁷, y reforzado la super-explotación de la fuerza de trabajo (precarización del empleo) como mecanismo necesario de integración al ciclo del capital a escala internacional. La crisis actual sólo profundizará y ratificará esos procesos. Aún cuando, en 2010, los efectos inmediatos de la crisis parecen disiparse parcialmente, sus fundamentos estructurales y sus efectos perviven.

En casi todos los casos, la base del desarrollo que continúa prevaleciendo es el saqueo y destrucción de los bienes comunes: la propia tierra (utilizada para la producción agropecuaria transgénica e intensiva en agrotóxicos), sus riquezas minerales (cada vez más a través de la minería a cielo abierto) o combustibles, o aún el agua, la biodiversidad, los bosques y el aire. Predomina la producción por la producción misma a los fines de satisfacer las necesidades de insumos del

6 Ruy Mauro Marini acuñó este concepto para caracterizar a Brasil en los años setenta. Sus dos elementos característicos eran “por un lado, una composición orgánica media en la escala mundial de los aparatos productivos nacionales y, por otro lado, el ejercicio de una política expansionista relativamente autónoma, que no sólo se acompaña de una mayor integración al sistema productivo imperialista sino que se mantiene en el marco de la hegemonía ejercida por el imperialismo a escala internacional” (Marini, 1977).

7 Si bien –según CEPAL (2009)– la incidencia de la pobreza se ha reducido en toda América Latina desde 2002 (de 44% de la población a 33% en 2008), todavía hay más de 180 millones de pobres, un 32,4% más que en 1980. En algunos países y regiones dentro de ellos, la pobreza supera largamente el 50% de la población. La indigencia alcanzaba en 2008 a más de 71 millones de habitantes en toda América Latina.

capital a escala global, y los patrones de consumo en las potencias imperiales. Detrás de estas formas crecientemente irracionales de producción, se encuentran asociadas las élites dominantes y el imperialismo en una nueva modalidad de despojo.

El ajuste como alternativa del capital

Ante la crisis mundial, la respuesta de los capitales locales en la región sudamericana no se ha hecho esperar. Si son “nacionales” o “extranjeros” poco importa, pues la integración transnacional de las economías latinoamericanas los convierte en parte del capital social global. Desde sus declaraciones y sus hechos, los sectores dominantes buscan avanzar sobre los Estados exigiendo medidas de ajuste macroeconómico que garanticen la protección de las ganancias (y la propiedad privada) y faciliten la mejora en la “competitividad”.

¿Pero qué significa esto de “recuperar la competitividad”? Desarrollarse sobre la base de privilegiar la competitividad internacional implica que el país busca ganar espacios en el mercado mundial, ganar mercados para “sus empresas nacionales”. Por supuesto, esto supone que las empresas localizadas en un particular espacio territorial ganarán a costa de desplazar a los capitales de otros espacios económicos que perderán; los que se verán forzados a ajustarse (reducir salarios, despedir trabajadores, aumentar la productividad) para no ser dejados de lado por “los mercados”. En otras palabras, y desde semejante lógica, “nuestro” triunfo es a costa de los trabajadores y trabajadoras de otros países. Si nosotros ganamos es porque ellos pierden. Dentro de esas reglas de juego, nuestro trabajo se logra a costa del trabajo de otros. Así, la forma de desarrollo capitalista supone que ganar es siempre “empobrecer al vecino” (el de la otra cuadra, del otro barrio, del otro municipio, provincia, país, región).⁸ Ellos aparecen –porque lo son, en esta forma perversa de desarrollo– como nuestros enemigos en esta carrera para llegar a ningún lado (aunque más correcto sería escribir: en esta carrera para valorizar el capital).

En esta modalidad de desarrollo, la incapacidad o dificultad de competir impone la necesidad del “ajuste”. Es decir, las empresas deberán reducir su personal, los trabajadores aumentar su rendimiento (o su esfuerzo, su jornada laboral o “capital humano”) y postergar –para un futuro indefinido– sus demandas de mejoras en las condiciones laborales, incluyendo sus magros salarios. Todo esto, so pena de aparecer como ineficientes, incapaces de honrar al Dios mercado (que es lo mismo que decir al Dios capital).

8 Siempre, y no solo devaluando la moneda o protegiendo con aranceles a los productores locales, como tiende a suponer la lectura neoclásica. Ver, por ejemplo, el reciente artículo de Eichengreen y Irwin (2009).

La metáfora divina no es sólo retórica, pues si algo caracteriza al mercado –como a la idea de Dios– es su tendencia a la ubicuidad y, sobre todo, a una invisible omnipresencia. Como señala De Angelis (2007), la tendencia del capital es constituir al mercado como un gran panóptico, una meta-estructura que todo lo ve sin jamás ser visto. Es un mecanismo de disciplinamiento que funciona buscando imponer sus valores y reglas en las prácticas y conciencias de todas/os, intentando replicar al infinito –en todas/os nosotras/os– su necesidad de auto-expansión.

De aquí que, cuando un espacio económico pierde el “don de la competitividad”, la fuga de capitales, el desabastecimiento, la falta de crédito, los despidos y suspensiones, o el *lock-out* patronal se convierten en las respuestas del capital para recuperar espacios en el mercado mundial. Esas respuestas se imponen como naturales o necesarias, en la mirada de los sectores dominantes. ¿Pero qué son todas ellas sino manifestaciones de la huelga de inversiones –parafraseando a Kalecki– con las que el capital busca recomponer en términos más ventajosos para sí las relaciones sociales de producción?

Claro que, en aparente paradoja, la política del ajuste es la base de esta forma de desarrollo *también* en los momentos de auge y no es sólo una opción de la economía política del capital en la crisis. La búsqueda de competitividad, como piedra de toque de las políticas económicas, supone privilegiar *siempre* la ganancia empresaria y, sobre todo, los valores del capital: la competencia como medio de desarrollo, la producción por la producción misma, los costos (y beneficios) privados por sobre los intereses de la sociedad. El ajuste es parte de la psicología del capital: crecer siempre y a toda costa, exprimiendo sin parar cada átomo de trabajo disponible.

En el marco de la crisis, el capital reniega de sus viejos dogmas liberales y despliega el arsenal teórico del keynesianismo como medio para –desde el Estado– salvaguardar sus intereses generales. Pero, la recuperación de un discurso y práctica de tinte keynesiano en los países centrales es más bien limitada. El proceso de internacionalización del capital y la inercia organizativa de los trabajadores y trabajadoras, en esos países, hace de las nuevas formas de intervención estatal más un programa de salvataje y reestructuración del capital que un claro programa keynesiano (que involucraría en paralelo una expansión de las políticas públicas a favor de las clases populares en esos países), algo que está claramente ausente.

En la mayoría de los países capitalistas, el Estado –como condensación de las relaciones de fuerza entre clases y fracciones de clase, al decir de Poulantzas (1979)– asume en la crisis el lugar de la representación de los intereses de los sectores dominantes. Frente a una correlación de fuerzas inclinada hacia los grandes capitales, el Estado asume un carácter crecientemente autoritario aunque bajo la modalidad de democracia formal. Bajo una suerte de presidencialismo depredador en permanente “estado de excepción” –en términos de Agamben

(Logiudice 2007)–, el Estado avanza con políticas de reestructuración industrial, racionalización y “moderación” de las demandas populares; es decir, el ajuste como eje de la estrategia para enfrentar la crisis.

En los Estados Unidos, por ejemplo, el gobierno demócrata avanzó en una política de protección y subsidio a los grandes capitales productivos (salvataje de grandes automotrices) y financieros (multimillonario fondo de subsidio al sistema financiero), aceptando simultáneamente la destrucción de más de 3 millones de puestos de trabajo y la ejecución de las hipotecas sobre las viviendas familiares de millones de personas. En la Unión Europea, por su lado, la crisis económica se traduce en crisis política en tanto las instituciones creadas con fines de promover la integración neoliberal de los países requieren –en la crisis– un ajuste violento en las economías más empobrecidas del continente. En cualquier caso, prima por sobre todo el fundamento de la economía política del capital: la producción para el valor de cambio y la búsqueda incansable del beneficio privado.

En la periferia, las crisis políticas recientes hacen que el Estado se presente de manera diferente, con tintes “populistas” pero con una política que –frente a la crisis– deja traslucir su fundamento de clase. Frente a movimientos sociales más articulados y reactivos que en el centro, en la periferia el propio capital manifiesta abiertamente su programa de ajuste. En Argentina –por ejemplo– frente a la crisis, los sectores dominantes han echado sus cartas. La Asociación Empresaria Argentina (AEA) –que condensa a la representación de los grandes grupos económicos y empresas transnacionales–, sintetiza claramente el programa del capital ante la coyuntura. Con base en el paradigma económico ortodoxo, plantean como punto de partida para las políticas públicas frente a la crisis –entre otras cosas–: (a) la defensa del “ámbito propio de la propiedad privada”, (b) la protección del patrimonio empresario y sus ganancias que “es fundamental para el desarrollo del país”, (c) favorecer la expectativa de rentabilidad que “es el motor de las inversiones”, (d) que es “fundamental el sistema de libertad de precios, en un marco competitivo”, (e) que deben “reducirse los gravámenes que desalientan la producción y las exportaciones” y “las retenciones de productos agropecuarios”, y (f) que “las inversiones argentinas en el exterior son una parte principal de la proyección internacional de nuestro país” (Asociación Empresarial Argentina 2009). El planteo de la AEA es un decálogo de la economía política del capital en la cual todo gira en torno a recuperar la competitividad internacional de la economía.

No sería difícil encontrar, en el conjunto de América del Sur, discursos similares de los sectores dominantes como respuesta a la crisis. El Estado argentino asume como propia (bajo una cobertura “industrialista” o “neo-desarrollista”) la propuesta del gran capital que es devaluar la moneda, moderar los impuestos a las exportaciones, contener las presiones salariales, sostener el superávit fiscal y pago de la deuda pública, y continuar con la política de subsidios (directos e indirectos, explícitos e implícitos) a las grandes empresas para “salir de la crisis”. La economía política del capital como política de Estado.

¿Ajustarse o vivir bien? Hacia una economía política de los trabajadores y trabajadoras

El fundamento conceptual de esa economía política del capital ha sido históricamente desplegado por la economía neoclásica que parte del presupuesto de la separación de los seres humanos entre sí, y de la separación de éstos de sus medios de producción y reproducción social. Por tanto, asume la necesidad de que la interacción e intercambios entre seres humanos sea mediada por la forma mercancía. Desde ese punto de partida, el enfoque neoclásico busca establecer la optimalidad de dicha modalidad de intercambio.⁹

Sin embargo, como señala Lebowitz (2005), tal forma de intercambio es óptima sólo desde el punto de vista del capital. La competencia y el intercambio mercantil es, en efecto, la forma bajo la cual los capitales individuales llevan adelante, inconscientemente, el plan del capital como relación social: la maximización de la valorización, la expansión sin límites (Marx 1857-1858).¹⁰

Este discurso es el discurso dominante en buena parte del continente sudamericano, y en clases dominantes. Frente al dilema de mantener la legitimidad del Estado, como defensor de las “reglas del mercado”, y mientras garantizan las condiciones de reproducción de la sociedad manteniendo sin cambios las bases de este capitalismo periférico, el diálogo y las disputas sobre las políticas públicas tienden a ser monopolizados, en lo estructural, por la economía política del capital. Así se evita el necesario debate de fondo sobre las alternativas: ¿qué entendemos por desarrollo y cuáles son las opciones estratégicas que nuestro país (y nuestro pueblo) puede tomar en la actual coyuntura? ¿Sólo nos queda ser competitivos para desarrollarnos? ¿Es verdad que no hay alternativa?

Al contrario. Es posible afirmar que a esta modalidad de desarrollo, que expresa la economía política del capital (“ganar siempre más competitividad”), puede y de hecho se opone otra estrategia: la economía política de los trabajadores y las trabajadoras.

Los sectores populares en toda América Latina desarrollan una práctica, un debate y un discurso que buscan subvertir el orden dominante y cuestionar las políticas públicas de los Estados capitalistas para enfrentar la crisis y la estrategia de desarrollo capitalista.

Esta economía política crítica se basa en las experiencias de organización del pueblo trabajador y sus fundamentos. La más importante de ellas es la ne-

9 Aunque lo han intentado por muchos años, buscando probar la metáfora smithiana de la mano invisible, es sabido que la optimalidad de los intercambios mercantiles sólo puede ser “demostrada” (es decir, matemáticamente demostrada) en un marco muy acotado con supuestos altamente irrepresentativos de la realidad (Georgescu-Roegen 1979).

10 “La competencia ejecuta las leyes internas del capital, las impone como leyes obligatorias a cada capital, pero no las crea. Las pone en práctica” (Marx 1857-1858: 285).

gativa a aceptar, como base de las relaciones sociales, al capital como mediador y articulador de las actividades humanas (Lebowitz 2005).

Sobre bases completamente diferentes a la economía política del capital, surge una nueva economía política. Un saber popular se confronta radicalmente con los presupuestos de la sociedad capitalista:

- 1) presenta la cooperación (de los trabajadores, de los pueblos) como alternativa a la competencia (entre trabajadores, entre pueblos),
- 2) plantea la solidaridad frente al egoísmo, como valor básico de las relaciones entre las personas y las naciones del mundo,
- 3) considera la socialización y gestión colectiva de la riqueza social como la forma más adecuada de solución a las injusticias sociales, frente a la privatización de las ganancias y socialización de las pérdidas (es decir, frente al mercado y la “mano invisible”) que proponen los sectores dominantes,
- 4) contrapone la democracia obrera y popular a la autocracia del capital, en la organización de la producción y la distribución de la riqueza social,
- 5) demuestra que la creación de nuevos espacios comunes –no mercantilizados– es necesaria para avanzar en un verdadero desarrollo, frente a la propuesta capitalista de privatizar y mercantilizar todo lo existente.

Esta nueva economía política del pueblo trabajador del continente se presenta, en los hechos, como una crítica radical de la fuerza dominante (el capital) y sus valores.

Primero, a la competencia que todo lo destruye, la economía política del trabajo opone la cooperación (Lebowitz 2005). La competencia capitalista conduce a la degradación de las condiciones de trabajo, a una creciente intensificación laboral y a la destrucción del medio ambiente. Todo ello ocurre por la presión que impone a los capitales competir como única forma de subsistir; tendencia que es la fuente originaria de la precarización laboral (Félez y Chena 2005) o la superexplotación del trabajo (Marini 1973). Desde la voluntad de organizarse colectivamente en sindicatos y comisiones internas, hasta el tejido de agrupaciones de base, asambleas barriales y movimientos territoriales (urbanos y campesinos), la historia del pueblo trabajador muestra que la solidaridad y cooperación son la mejor estrategia para mejorar y defender sus condiciones de vida.

A la negociación descentralizada o individual que proponen las empresas, trabajadoras y trabajadores han opuesto la asociación entre iguales para enfrentar la fortaleza del capital. De esa forma buscan superar la mediación del capital (a través de los mercados) exigiendo y logrando legislaciones que garanticen mejores y estables condiciones de empleo.¹¹

11 Esto no quiere decir que la unidad formal, forzada, del movimiento obrero sea de por sí mejor que la “democracia sindical” (Casas 2010). La historia del pueblo trabajador es rica en diversidad de experiencias organizativas y si algo indica la misma es que es la unidad en la lucha –y no la unidad obligada por una ley impuesta desde el Estado– lo que expresa su fortaleza.

En segundo lugar, la organización jerárquica de la producción capitalista es cuestionada por las diversas modalidades de autogestión obrera y popular. En ese cuestionamiento, al interior de los procesos de producción, los/as trabajadores/as buscan desplazar la separación entre ellos/as y los medios de producción que les impone el capital. Esa economía política del trabajo muestra que el capital es ineficiente, pues privilegia la ganancia y no la reducción de costos. El capital es completamente innecesario, pues los propios trabajadores y trabajadoras tienen la capacidad de gestionar las empresas con menores costos de supervisión que en la empresa capitalista (ver Bowles 1985, Levine 1989, Epstein 1984, y más detalles en Félix 2006). Estas experiencias dan cuenta de la improductividad de los patrones y los jefes, cuyo rol principal es la gestión de la explotación y la defensa de la ganancia, y dan muestras de la potencial eficacia de la auto-organización de trabajadores y trabajadoras.¹²

Tercero, frente a la producción por la producción misma, que privilegia sólo la ganancia privada, la economía política del trabajo reivindica la necesidad de producir para la satisfacción de necesidades, y privilegia la protección del medio ambiente. Como señalamos, la mayor parte de los gobiernos de América al sur de los EE.UU. hoy basa su proceso de desarrollo (capitalista) en la apropiación indiscriminada y destructiva de las riquezas de la tierra y el subsuelo. Desde la producción agropecuaria sobre bases agroquímicas sin límites, a la explotación minera a cielo abierto, todas son formas de producción-apropiación y destrucción de los bienes comunes para obtener la valorización del capital.¹³ Como manifestaciones de la economía política del trabajo, las experiencias de múltiples asambleas, de movimientos ambientalistas y de movimientos campesinos del continente (como los enrolados en Vía Campesina, o las propuestas del “Sumak Kawsay” o “Buen vivir” impulsado por los movimientos populares ecuatorianos y bolivianos) son hoy ejemplo de posibilidad de pensar y crear un mundo que respete a la naturaleza, tomando al ser humano como parte de la misma, y construir una modalidad de desarrollo que haga uso de las riquezas naturales sin saquear ni destruir. Estas experiencias plantean la necesidad de establecer

12 La improductividad de los jefes se vincula esencialmente a su rol como instrumentos de control por parte del capital sobre la actividad de los trabajadores. Ese rol no se vincula con una función estrictamente productiva sino esencialmente distributiva, pues en esa tarea garantizan un mayor esfuerzo laboral y una mayor rentabilidad para el capital sin alterar las condiciones generales de productividad de la fuerza de trabajo (Félix 2006). Las funciones de coordinación de los jefes claramente pueden existir en empresas autogestionadas por los trabajadores, pero esa función es estrictamente productiva y no eminentemente explotadora como en el caso de la empresa capitalista.

13 Varios de los mencionados gobiernos de tendencia popular de América Latina (en particular el de Bolivia y Venezuela) han tomado medidas concretas para aumentar el control público de las actividades de extracción de las riquezas naturales, en particular en lo que hace a una mayor apropiación estatal de los flujos de ingresos. Sin embargo, por sí solo ello no resulta en un cambio en la modalidad de gestión de esas riquezas.

otra relación entre los seres humanos y el espacio natural, que supere el vínculo utilitario y la “instrumentalización de la naturaleza” (Roux 2008).

Por fin, en la economía política del trabajo, la expansión sin límites de los mercados capitalistas y la propiedad privada es reemplazada por la voluntad de ampliar el espacio común y la distribución de bienes y servicios sin la mediación del dinero y los precios. El paradigma de la economía política del capital es bien conocido: el sistema de libertad de precios en un marco competitivo. De allí que, históricamente, la política de privatización del espacio de lo común ha sido la base de la expansión de los valores del capital. Intentar el cerramiento (y traspaso a manos privadas) de lo que es público o de uso colectivo es, hoy en día, uno de los fundamentos del nuevo imperialismo aunque no sea una novedad en la historia del capital (De Angelis 2004; Gilly y Roux 2009). El capital busca ubicarse como mediación necesaria de la producción y reproducción de la vida en todas sus dimensiones. Frente a eso, la economía política del trabajo propone la ampliación de los espacios públicos, la producción común y en común de las necesidades vitales, y la ampliación del derecho a los servicios públicos contra su mercantilización. En ese camino encontramos, entre otras experiencias, la lucha por el software libre y la producción pública de medicamentos, la recuperación y creación de espacios comunitarios y centros culturales autogestionados, la creación de bachilleratos populares y la lucha por la educación y salud pública, gratuita y al alcance de todos/as.

Estos emprendimientos discuten, a través de la práctica misma, la posibilidad de organizar formas de producción y utilización de valores de uso, el espacio, las riquezas y los saberes que niegan y superan la mediación mercantil y los valores del capital. Tienen como fundamento la posibilidad de encontrar (o recuperar) otras formas de asociación entre las personas, basadas en la cooperación y la solidaridad. Contrariando las tesis de “la tragedia de los comunes”, esta otra economía política muestra que pueden establecerse reglas de producción, gestión y uso de la comunidad que van más allá de los mercados y el capital.¹⁴

En síntesis, la economía política de los/as trabajadores/as enfrenta a los valores del capital con los sueños, deseos y necesidades vitales del pueblo. Podríamos decir que es una economía política que promueve una “política de las necesidades vitales” (Cabezas 2007, citado por Deledicque y Contartese 2010). Esta forma de la economía privilegia la solidaridad por sobre el egoísmo, la unidad de los pueblos sobre la concentración y centralización regional del capital (la integración capitalista), el tiempo vital por sobre el tiempo de trabajo abstrac-

14 La parábola de la “tragedia de los comunes” tiene su origen en el artículo de Hardin (1968), quien cuestiona la posibilidad de la gestión pública, no mercantilizada, de la riqueza social. Sostiene que sin la propiedad privada los recursos comunes son depredados o agotados. De allí la “tragedia de los comunes” se extiende –en esa literatura– a todo aquello que es común o público que –en dicha lectura– debería ser privatizado.

to, el movimiento de personas, culturas y experiencias frente al intercambio de dinero y mercancías.

Los ejemplos se multiplican en todo el continente. En Brasil, el Movimiento Sin Tierra cuestiona todos los días la privatización y desmonte de los bosques del Amazonas, al tiempo que lucha por la reapropiación popular de la producción de alimentos. El movimiento de fábricas recuperadas en Argentina y los movimientos territoriales autónomos dan prueba todos los días de la improductividad de los patrones y la capacidad autogestiva de trabajadores y trabajadoras. Los movimientos populares en Bolivia sostienen cotidianamente la lucha por la propiedad colectiva de las riquezas del subsuelo y el derecho a su gestión comunitaria. En Uruguay, el movimiento cooperativo da muestras de la capacidad de la auto-organización popular en la práctica. En Venezuela, avanzan las experiencias de socialización y control popular de las riquezas estratégicas. En todas partes crecen los esfuerzos por articular –desde y entre los/as de abajo– las prácticas y las luchas comunes. Se desarrolla en la práctica una integración continental de los Pueblos más allá del capital.¹⁵

Como se aprecia, el avance de esta otra economía involucra un cambio profundo en las políticas de los Estados nacionales. En tal sentido, supone la construcción de un movimiento popular capaz de forzar al Estado a inclinar las políticas públicas a favor del pueblo trabajador. En muchos casos, las demandas populares se transforman mediadas por formas que Dinerstein, Deledicque y Contartese (2008) han llamado políticas sociales desde abajo. Las organizaciones populares reemplazan al Estado en el diseño y gestión de las políticas, mientras –mediante la acción directa (cortes de rutas y calles, piquetes y movilizaciones)– consiguen el control de recursos de origen público orientados a lo que típicamente se conoce como políticas sociales. En otros casos, la movilización social fuerza a los gobiernos frenar medidas impopulares o avanzar en cambios en las políticas públicas que reconocen las demandas colectivas. La experiencia de numerosas organizaciones piqueteras, de autogestión de proyectos productivos en Argentina, es claro ejemplo. En casos como el del Frente Popular Darío Santillán (FPDS), la demanda al Estado no sólo ha sido la solución de problemas inmediatos. Frente a respuestas parciales e insuficientes del Estado, las organizaciones piqueteras han exigido y conseguido la autogestión de los fondos de

15 La integración de los pueblos y los movimientos sociales, desde abajo y por abajo, –como contra cara de la integración capitalista– da cuenta de otra de las formas de la economía política del trabajo. Ejemplo de esto es la experiencia del ALBA de los Movimientos Sociales como espacio de integración continental impulsado por el MST de Brasil, el Frente Nacional Campesino Ezequiel Zamora (FNCEZ) de Venezuela, el Frente Popular Darío Santillán (FPDS) y el Movimiento Nacional Campesino Indígena (MNCI) de Argentina, entre otros. Nuevamente, esta modalidad de integración se opone a la mayor parte de los proyectos integradores (como el Mercado Común del Sur, Mercosur) de integración regional del capital bajo el liderazgo del capital sub-imperial brasileño.

programas sociales, a la vez que la gestión colectiva y no individual de esas políticas.¹⁶ En una relación de “normalización conflictiva” (Dinerstein, Deledicque y Contartese 2008) los piqueteros han forzado la creación de políticas públicas y, parcialmente, su control.

En Bolivia, los pueblos originarios y campesinos han avanzado en la toma y transformación del Estado, poniendo los primeros ladrillos de una nueva política económica: la política del “vivir bien”, cuyos fundamentos –nos atrevemos a afirmar– se encuentran en esa economía política de los trabajadores y las trabajadoras. En Venezuela y Ecuador, en paralelo, bajo la presión de las organizaciones populares se han producido, no sin contradicciones, cambios sustantivos en algunos puntos clave de la política pública como la creación de los Mercados Populares (Mercales) y el repudio a la deuda externa.

En todos los casos, los movimientos populares enfrentan de manera contradictoria la necesidad de usar al Estado como medio para imponer una nueva forma de pensar y hacer desarrollo. Esa necesidad es acompañada por la imperiosa necesidad de transformar / destruir ese Estado creado a imagen y semejanza del capital.¹⁷ Deben desandar un Estado autoritario, racista y burocratizado pensado y construido para la dominación, para convertirlo en un espacio de gestión social bajo el control del pueblo, que facilite y no bloquee la participación y organización popular. Por ello, la construcción de la política del vivir bien será en, contra y más allá del Estado del capital. Sólo la lucha social de los pueblos y los liderazgos contruidos colectivamente pueden construir esa historia diferente.

Más allá del capital: la política económica del vivir bien.

Síntesis y conclusiones preliminares

Los valores que fundamentan esa otra economía política pueden orientar otro modelo de desarrollo pos-capitalista (basados en la política del vivir bien) que se construya desde hoy mismo. Ellos pueden pre-figurar la sociedad futura hoy mismo en, a través y más allá de las prácticas actuales de las organizaciones populares.¹⁸

Desde la perspectiva presentada, ese debería ser un proyecto de desarrollo que fomente los emprendimientos asociativos con financiamiento y tecnología adecuada a modalidades cooperativas y comunitarias de gestión. Un programa que involucre la creación de espacios de intercambio no mercantilizados, que asegure

16 Esto último es un punto relevante ya que, desde el Estado la individualización de los “beneficiarios” de las políticas sociales y su focalización, cumple una función clave en los intentos de cooptación, desmovilización y división de las organizaciones populares.

17 Un Estado que reproduce la “estructura de mando jerárquica del capital” como sugiere Mézaros (2008) o la “verticalidad del sistema de poder” como plantea Espinoza (2010).

18 Para un debate profundo sobre la idea de praxis prefigurativa ver Mazzeo (2007).

el derecho a los medios de vida, a la salud y la educación, a la información, al esparcimiento y al tiempo libre sin las restricciones de la propiedad privada. Un plan que suponga la socialización de los medios de producción estratégicos bajo el control del pueblo, a través de formas de gestión democrática y participativa. La política del vivir bien supone “el derecho a pensar, seleccionar y decir con autonomía” (Espinoza 2010) del pueblo trabajador.

En torno a esas políticas debería orientarse un lineamiento estratégico con base en los sectores populares organizados. Frente a la fortaleza estructural del Estado capitalista, ese proyecto de cambio social debe apuntar a fortalecer a las organizaciones populares como punto de partida y condición de posibilidad de una nueva forma de organización y reproducción social, fundada en las necesidades populares antes que en las necesidades del capital.

Bibliografía

Antunes, Ricardo

1999 *¿Adiós al trabajo? Ensayo sobre las metamorfosis y el rol central del mundo del trabajo*, Antídoto, Buenos Aires.

Asociación Empresarial Argentina

2009 “Definiciones sobre los puntos más urgentes de la situación económica”, *Clarín.com*, 19 de Julio, Diario Clarín, Buenos Aires. (<http://www.clarin.com/diario/2009/07/19/elpais/p-01961483.htm>; acceso: 27/7/09).

Bautista S., Rafael

2010 “¿Qué significa el “vivir bien”?” (<http://probolivia.net/wordpress/?p=543>; acceso: 6/4/2010).

Bowles, Samuel

1985 “The production process in a competitive economy: Walrasian, Neo-Hobbesian and Marxian models”, *American Economic Review*, vol. 75 (1), marzo, pp. 16-36.

Cabezas, Marta

2007 “Caracterización del ciclo rebelde 2000-2005”, en Iglesias Turrión, Pablo y Espasandín López, Jesús (coords.), *Bolivia en movimiento. Acción colectiva y poder político*, Ediciones de Intervención Cultural/El Viejo Topo, España.

Casas, Aldo

2010 “¿Unidad, unicidad, democracia sindical?”, en *De la crítica de la economía a la economía política de las trabajadoras y los trabajadores*, Centro de Estudios para el Cambio Social, Buenos Aires. En prensa.

CEPAL

2009 *Panorama social de América Latina 2009*, CEPAL, Buenos Aires.

- Chesnais, François
2007 “Las contradicciones y antagonismos del capitalismo mundializado y sus amenazas a la humanidad”, *Revista Herramienta*, 34, Marzo, Buenos Aires.
- Chesnais, François
2008 “Discutir la Crisis”, *Revista Herramienta (versión digital)*. (<http://www.herramienta.com.ar/modules.php?op=modload&name=News&file=article&sid=624>; 16/6/09).
- Cieza, Guillermo H.
2006 *Borradores sobre la lucha popular y la organización*, Manuel Suárez Editor, Avellaneda.
- De Angelis, Massimo
2004 “Separating the doing and the deed: capital and the continuous character of enclosures”, *Historical Materialism*, 12, Abril.
- De Angelis, Massimo
2007 *The beginning of history. Value struggles and global capital*, Pluto Press, Londres.
- Deledicque, Melina y Contartese, Daniel
2010 “Movimientos sociales en Bolivia. Las Juntas Vecinales de El Alto entre la institucionalidad y la rebelión”, *Revista Lavboratorio*, Año XI, Número 23, Facultad de Ciencias Sociales (UBA), pp. 201-220, Invierno, Buenos Aires.
- Dinerstein, Ana Cecilia, Deledicque, L. Melina and Contartese, Daniel
2008 “Notas de investigación sobre la innovación organizacional en entidades de trabajadores desocupados en la Argentina”, *Realidad Económica*, 234, pp. 50-79, Buenos Aires.
- Eichengreen, Barry y Irwin, Douglas A.
2009 “The Slide to Protectionism in the Great Depression: Who Succumbed and Why?”, *NBER Working Paper*, 15142, National Bureau of Economic Research, Julio, Cambridge (EE.UU.).
- Epstein, Richard A.
1984 “In defense of the contract at will”, *University of Chicago Law Review*, 51, otoño, pp. 947-982.
- Espinoza, Roberto
2010 “Alternativas a la crisis de la modernidad/colonialidad”, *Revista América Latina en movimiento*, año XXXIV, 453, segunda época, Agencia Latinoamericana de Información, pp. 1-5, marzo, Ecuador.
- Féiz, Mariano
2006 “El mercado de trabajo en la economía política radical”, en *Teorías Económicas sobre el Mercado de Trabajo. I. Marxistas y Keynesianos*, Neffa, Julio C. (dir.), Féiz, Mariano, Panigo, Damián T. y Pérez,

- Pablo E., Fondo de Cultura Económica de Argentina, Agosto, pp. 75-100, Buenos Aires.
- Félicz, Mariano y Chena, Pablo
2005 “Tendencias del mercado de trabajo en la economía periférica. Algunas tesis para el caso de Argentina”, en *Desequilibrios en el mercado de trabajo argentino. Los desafíos en la postconvertibilidad*, CEIL-PIETTE/CONICET, Asociación Trabajo y Sociedad, pp. 65-88, Buenos Aires.
- Georgescu-Roegen, N.
1979 “Methods in economic science”, *Journal of Economic Issues*, 13(2), Junio, pp. 317-328.
- Gilly, Adolfo y Roux, Rhina
2009 “Capitales, tecnologías y mundos de la vida. El despojo de los cuatro elementos”, *Revista Herramienta*, año 13, 40, Marzo, pp. 21-46, Buenos Aires.
- Hardin, Garrett
1968 “The Tragedy of Commons”, *Science*, vol.162, pp. 1243-1248.
- Harvey, David
2004 “El ‘nuevo’ imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión”, *Revista Herramienta*, 27, Octubre, Buenos Aires.
- Harvey, David
2005 “El ‘nuevo’ imperialismo. Sobre reajustes espacio-temporales y acumulación mediante desposesión (parte II)”, *Revista Herramienta*, 29, Junio, Buenos Aires.
- Lebowitz, Michael A.
2005 *Más allá de El Capital. La economía política de la clase trabajadora en Marx*, Akal, Madrid.
- Levine, David L.
1989 “Just-cause employment policies when unemployment is a worker discipline device”, *American Economic Review*, vol. 79 (4), septiembre, pp. 902-905.
- Logiudice, Edgardo
2007 *Agamben y el Estado de Excepción*, Herramienta Ediciones, Buenos Aires.
- Marini, Ruy Mauro
1973 “Dialéctica de la dependencia”, en *América Latina, dependencia y globalización*, CLACSO-Prometeo, edición 2007, pp. 99-136, Buenos Aires.
- Marini, Ruy Mauro
1977 “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo”, *Cuadernos Políticos*, 12, Ediciones Era, abril-junio, México.

Marx, Carlos

1857-1858 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, volumen 2, Siglo XXI Editores, 17ª edición, 1997, México.

Mazzeo, Miguel

2007 *El sueño de una cosa (Introducción al poder popular)*. Editorial El Colectivo, Buenos Aires.

Mészáros, István

2008 *The Challenge and Burden of Historical Time: Socialism in the Twenty-First Century*, Monthly Review Press, Nueva York.

Poulantzas, Nicos

1979 *Estado, Poder y Socialismo*, Siglo XXI, México.

Roux, Rhina

2008 “Marx y la cuestión del despojo. Claves teóricas para iluminar un cambio de época”, *Revista Herramienta*, 38, pp. 61-74, Buenos Aires, Junio.

Vega Cantor, Renán

2006 “El imperialismo ecológico. El interminable saqueo de la naturaleza y de los parias del sur del mundo”, *Revista Herramienta*, 31, Marzo, Buenos Aires.